

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 71. Alicante 30 de Marzo de 1872. Año III.

## RESURRECCION.

A los fragorosos estruendos con que la naturaleza anunció la muerte del Hijo de Dios, sucedieron la calma sombría y el sepulcral silencio en que había quedado Jerusalem despues de la consumacion de su crimen.

Los autores de aquel delito de lesa Divinidad, atormentados por un forzoso remordimiento, escondieron en el retiro las señales de los réprobos marcadas en sus semblantes. Un último y tremendo suceso podia tener lugar, que echaria sobre ellos una eterna ignominia; que Jesus resucitase. Cuanto de gloria y triunfo llenára al Crucificado esta resurreccion, tanto de desesperada envidia, de crudos remordimientos é incesantes temores llevaria al seno de aquella congregacion de malvados, que pidieron á vez en grito el desuello de la víctima inocente. La duda, esa nube siniestra que atormenta al alma descargando frecuentes tempestades sobre el corazon humano, debió apoderarse de aquellos espíritus temerarios, que no podian olvidar lo que vieron sus ojos y oyeron sus oidos.

Jesus habia vaticinado su gloriosa resurreccion, como el complemento de su victoria sobre visibles é invisibles enemigos, como el esplendente sello de su divinidad, como el astro de la futura gloria del cristianismo.

El cumplimiento de ese grandioso vaticinio de Jesus, que nos refieren los cuatro Evangelistas, tuvo lugar en el tiempo señalado por Él mismo.

Las primeras ráfagas de esa claridad indefinible y pura con que se anuncia la aurora; esos sonidos vagos que con suavidad circulan por el espacio anunciando el dia; esos soplos embalsamados que esparcen mil esencias al desatar el alba su corona de flores, saludaron á la criminal Jerusalem al tercer dia del deicidio.

Los guardas vigilaban cuidadosos el sepulcro, cuya enorme losa ostentaba los sellos de la autoridad para precaver el menor fraude. De repente aquella enorme losa se mueve por sí misma; un foco de vivísima luz brota del seno de la sepultura; tórnase á conmover la tierra bajo los pasos acelerados de los centinelas que aterrados huyen, mientras el Salvador del mundo, circun-

dado de los esplendores de la divinidad, se ostenta con aquella gloria del Thabór, trasunto de esta verdadera transfiguración.

María Magdalena y otra mujer del mismo nombre, que ni abandonaron á Jesús, ni cesaban en su llanto despues de la crucifixion, iban al amanecer al sepulcro. «El Angel del Señor descendió del cielo, separó la piedra y se sentó sobre ella: su aspecto era como el relámpago y su vestidura como la nieve. No tengais miedo vosotras, dijo á las mujeres; porque sé que buscáis á Jesús, el que fué crucificado. No está aquí; *porque ha resucitado como dijo....* decid á sus discípulos que ha resucitado; y hé aquí que vá delante de vosotros á Galilea.» (1)

En vano los príncipes y los ancianos de Jerusalem han puesto en manos de los guardas una crecida suma, para lograr una completa reserva sobre el grandioso hecho que confirma y corona la obra de Jesús de Nazareth. La noticia recorre con celeridad las calles y los barrios; una verdadera agitación reina en el seno de aquel pueblo, teatro de todas las grandes manifestaciones del Hijo de Dios. Los Apóstoles, que sojuzgados por el terror habian huido, son alentados por la presencia del Maestro divino.

«Y cuando le vieron le adoraron: mas algunos dudaron. Y llegando Jesús, les habló diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo

»y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. (1)

Los Apóstoles, heraldos invencibles desde entonces de la verdad salvadora, publicaron noche y dia la nueva del Evangelio; atestiguaron el milagro de la resurrección, lo confirmaron con hechos de orden sobrenatural, y lo sellaron con el martirio. Hé aquí lo que S. Pablo escribia á los fieles de Corinto: (2) «Desde el principio yo os enseñé lo mismo que habia aprendido: que Cristo murió por nuestros pecados, segun las Escrituras; y que fué sepultado, y que *resucitó al tercero dia...* Despues fué visto por mas de quinientos hermanos, estando juntos, de los cuales aun hoy dia viven muchos, y otros ya murieron.» (3)

La misma conducta de los príncipes y las autoridades de la metrópoli de Judea, es la prueba mas luminosa de este hecho, mas comprobado que ningun otro histórico de la época á que se refiere. Los enemigos mas interesados en negar ó desfigurar la realidad del suceso, convienen en que el sepulcro se halló vacío á la mañana del domin-

(1) Id.—v. 17 y siguientes.

(2) 1.<sup>a</sup> á los Corintios, cap. 15.

(3) En tiempo del Emperador Trajano vivian aun bastantes testigos de la resurrección de Jesús.

(1) S. Mateo.—Cap. 28.

go; ¿qué se hizo, pues, el cuerpo de Jesús encerrado en una sepultura abierta en la peña, cerrada por una losa, sobre la que aparecieron los sellos de la autoridad mas temida y respetada? Si fuera posible imaginar que los Apóstoles, venciendo un pánico que no les fué dado vencer el dia del suplicio, esponiéndose á mucho mas de lo que se hubieran espuesto acompañando á Jesús en su dolorosa pasion, sustrajeron el cadáver; era imposible que ese cadáver permaneciera oculto ni un dia siquiera, dado el interés y la conveniencia que debieron tener en ello las mas influyentes y caracterizadas personas de Jerusalem, que disponian al propio tiempo de cuantos elementos les fueran indispensables para su objeto. Y si el descuido é indolencia de los guardas dió lugar á aquella sustraccion de tanta responsabilidad y consecuencia, ¿qué castigo ejemplar se impuso á su culpable descuido?

Nada; siempre fué ímproba la tarea de los que se empeñaron en negar la existencia de una luz que viene iluminando los horizontes del Universo redimido, y dejando entrever en lontananza los infinitos beneficios de aquella redencion, en la resurreccion del cristiano el último dia de los tiempos.

La verdadera esposa de Jesús, la Iglesia Católica, ha enlazado tan íntimamente esas dos ideas, esos dos hechos, uno del pasado y otro para el porvenir, que han de corresponderse infaliblemente, que al

celebrar la gloria del sepulcro del Redentor, traslada á los redimidos á la gloria de su futura resurreccion.

El complemento de la redencion humana es esa resurreccion universal, tan estrañada por los estraños á la verdadera fé. Si Jesucristo vino á reparar los estragos funestos de la culpa, no hay duda que queda incompleta esa reparacion, si no es vencida la muerte por la vida inmortal del hombre. La muerte fué la gran pena de la culpa primitiva, el cumplimiento de la amenaza divina al quebranto de su ley: la redencion de aquella esclavitud de la culpa por la libertad de la gracia, ha de reparar hasta los últimos efectos de los desastres ocasionados por el pecado.

Esplayando su ánimo en medio de la mas aflictiva tribulacion el Santo Job, exclamaba al divisar en lontananza los dias de eterna misericordia: «sé que mi Redentor vive, y que en el dia novísimo resucitaré y veré á Dios mi Salvador.»

Si Jesús nos invita á sobrellevar con mansedumbre el peso de su cruz, carga lijera, por los ásperos caminos de la vida; si nos alienta á subir la escarpada montaña del Calvario, es para que siguiendo una tras otra sus huellas, lleguemos tambien al monte de los olivos, asociándonos para siempre á la gloria esplendente de su resurreccion. S. Pablo que, afirmando la verdad de la resurreccion de Jesús, dice: que sin esa verdad seria completamente vana nuestra fé, escribia así

á los de Tesalónica: «si creemos que Jesús murió y resucitó, así también debemos creer que Dios llevará consigo á los que murieron por Jesús... los muertos que son en Cristo, *resucitarán* los primeros;» llamando luego revolucionarios de la fé y apartados de la verdad, á los que no creen en la futura resurrección.

La razón humana, aun sin apelar al esfuerzo de la fé, no puede menos de hallar una razón de suma equidad en el dogma católico; razón que bellamente espuso S. Ambrosio en una obra titulada *de la fé de la resurrección*. Toda la razón de nuestra vida, dice, se halla en ese núcleo íntimo del alma y del cuerpo: es necesario, pues, que al fin resucite nuestro cuerpo, ora para que acompañe al alma en el satisfactorio y cumplido premio de la virtud para la cual le ayudó en la vida, ora para que sufra el castigo de las culpas, en las que le fué cómplice é instrumento.

A la luz refulgente del sepulcro de Jesús, no puede menos de ver el cristiano la aurora de su eterno día. La inmortal corona del Redentor, posada sobre su cabeza en el día de su triunfo, es el emblema de la gloria de los miembros de aquel cuerpo glorificado; y el corazón embebido en el bálsamo de la cristiana fé, repite con Job estas palabras que la Iglesia pronuncia sobre la tumba de sus hijos: *repósita est hæc spes mea in sinu meo: esta es la esperanza que guardada está en mi seno.* J. B.

Las funciones de Semana Santa se han celebrado con el decoro y solemnidad de los pasados años. El Domingo de Ramos tuvo lugar la procesion de las palmas, recuerdo de la triunfante entrada de Jesús en Jerusalem. Lo mismo en la Colegiata que en Sta. María agitaban sus ramos y palmas innumerables niños, asistiendo á esta última Iglesia, con el mayor orden y compostura, el Colegio dirigido por el señor D. Francisco Orts, en el que hay constante solicitud por el cumplimiento de toda práctica religiosa.

Por fin, en la Colegiata se cantó el *Miserere* anunciado de nuestro amigo el Sr. Crevea, maestro que fué de la Capilla de la misma. Aunque profanos en la materia, creemos que la ejecución correspondió bastante á la selecta obra de aquel preclaro ingenio.

A pesar de los tiempos, los Sacramentos de Confesion y Comunión han sido frecuentados este año en Alicante durante el tiempo del cumplimiento, y en especial en esta última semana, muchísimo mas que en los pasados, y sigue todavía el concurso que diariamente acude á buscar la medicina de las enfermedades del alma.

---

Hemos oido decir, con referencia á un espiritista de los mas decididos, que evocado en dias pasados por un *medium acreditado* el espíritu de una persona que nos fué muy co-

nocida, se presentó otro distinto espíritu asegurando, que en razón de haber encarnado en cangrejo (testual) el espíritu evocado, no podía acudir al llamamiento del médium. Si la relación es exacta, el progreso espiritista está en razón directa de la marcha de aquel animalito.

## EL GÓLGOTA Y EL SEPULCRO.

### I.

El sol del mediodía había ocultado sus rayos á la tierra por el espacio de tres horas, volviendo á salir de repente con todas sus luces, para anunciar al universo atónito el fin de los tormentos del Criador. La tierra se había estremecido con un temblor horroroso, abierto sus sepulcros y vomitado sus cadáveres. Conociase que el universo había sufrido un sacudimiento general, espantado del horrendo deicidio que acababa de consumarse en el Hombre-Dios. Sin embargo, las nocturnas tinieblas tienden sobre el mundo su manto sombrío. El monte se halla desierto. La ciudad desdichada.... ¡Jerusalén!... Dibújanse sus altas torres y cúpulas en un horizonte sombrío, como los fantasmas de la noche se aparecen sobre un fondo de tinieblas. Un silencio funeral domina en la naturaleza. Jamás se vió noche mas lúgubre y dolorosa desde que el Criador separó de ella el día. Ni aun lo fué tanto la primera que siguió al primer pecado del hombre...

### II.

Óyense sobre el Gólgota algunos ge-

midos.... Una silenciosa comitiva se avanza hácia tres cruces desiertas, y fijadas en la cima de la pequeña montaña. Póstranse todos ante la cruz del centro rociada de sangre: el suelo está empapado en sangre... La Madre de Jesús cubierta con un velo se halla en medio de todos. Acompañanla el arimateo José y Nicodemus, senador judío, junto con algunos domésticos fieles y mujeres llenas de dolor... vienen de sepultar á Jesús.... Juan, el discípulo amado, está al lado de María. Entre suspiros y sollozos vá desapareciendo á paso lento la comitiva, y dirigiéndose hácia la ciudad.... ¡En su recinto se hallan los jueces inícuos y los verdugos del mas inocente entre los hijos de los hombres!

### III.

Entre tanto la noche se adelanta. Un sepulcro nuevo abierto en roca viva se descubre no léjos de la montaña. Magdalena, María su compañera inseparable, la Madre de José y otras mujeres galileas están sentadas enfrente del sepulcro y le contemplan silenciosamente. Salomé las había dejado. Magdalena sobre todas tiene sus llorosos ojos fijos en la tumba de Jesús... allá descansa el cuerpo de su Maestro amado... ¡ah! el tierno y puro amor de su corazón le busca en el sepulcro, así como la Madre, más lejana de él, le contempla en los raptos sublimes de su amor y de su esperanza. El corazón de Magdalena arde en el santo amor de Jesús, pero es mas débil que el de María, y se consuela con la cercanía del objeto amado.

### IV.

No tardan los enemigos de Jesús en

acordarse de la promesa que este habia hecho durante su vida. *Tres días despues de mi muerte resucitaré.* Este recuerdo les hace temblar. ¡Qué será de esta palabra, tan grande, tan extraordinaria, tan inaudita! Preséntanse al magistrado romano. «Este seductor, le dicen, dijo que resucitaria tres días despues de su muerte.» ¿Seducitor llamais á Jesus? infames! hipócritas! Suspended vuestro juicio sacrilego. Nunca impostor alguno habló así, ni en tan cortas palabras hizo tan gran promesa. Sí, esta promesa asombrosa estaba reservada al Hijo de Dios.

#### V.

¿A quién temeis pérfidos fariseos? ¿temeis á los desalentados discípulos que han huido, que arrebatan el cuerpo de Jesus? ¡Ah! vosotros sois los que lo temeis. Vuestro horrendo crimen os hace temer esta realidad, formidable solo para vosotros. «Guardadle como querais,» responde el magistrado. Los impios corren al sepulcro, ponen un sello á la piedra que lo cubría, y algunos guerreros se encargan de su custodia. ¿Quién osará forzar esta guardia, y violar los sellos del Pontífice? ¡Oh prudencia humana! ¡cuán débil eres contra el Señor! ¡Tú combates contra él, y cuanto mas te afanas mas trabajas para tu confusion y para su gloria!

#### VI.

¡Pretendeis calmar vuestra inquietud, aseguraros que no ha resucitado, y que nada teneis que temer por su parte! Bárbaros! no satisfechos aun con su sangre osais todavía ultrajarle despues de muerto, y llenar de oprobio su memoria... Un seductor!... Infames! vuestro ódio le sigue

hasta el sepulcro. ¿Recelais de él todavía? Yo os contemplo vacilantes en vuestra misma obstinacion, llenos de pavor y de miedo, buscar en la inútil custodia del sepulcro el último recurso de vuestra impostura. ¿Por qué no confesais, como el feliz centurion y el sabio del Areópago, que el que murió es el Hijo de Dios?

#### VII.

Los soldados con sus armas están tendidos alrededor del sepulcro. Las órdenes son terminantes. ¿Qué raptores, por desalmados que sean, osarán acercarse al fúnebre monumento? María aislada en el fondo de su retiro, con el agovio cruel de su soledad, espera con ansia, pero con certidumbre, el triunfo de Jesús. Los discípulos ocultos, dispersos y desalentados, conservan aun un resto de esperanza. Acuérdense de las palabras de su Maestro y esperan. La mujer pecadora, que despues de convertida tanto amó á Jesus, no duda de su victoria sobre la muerte, pero espera. Muchos de los que habian asistido por curiosidad al suplicio de Jesus, y tal vez le habian insultado en el patíbulo, aterrados por los prodigios de su muerte, compungidos, penitentes, arrepentidos de su indiferencia, de su crimen, esperan. Todos los que habian conocido á Jesus, y admirado su conducta y su doctrina; las piadosas mujeres de Galilea, las madres de algunos discípulos, las gentes que habian venido á Jerusalem y compadecido los tormentos del mas manso y mas dulce de los hombres, esperan. Los escribas, los fariseos, los doctores de la Sinagoga, los feroces enemigos de Jesus, esperan y tiemblan.

VIII.

Los cielos están suspensos... los siglos esperan el triunfo del Salvador. Una voz suena de repente por todos los ángulos ¡Resucitó! Aterrados los infames se dicen unos á otros ¡Resucitó! Consolados los justos, los arrepentidos, exclaman ¡Resucitó! La voz de los siglos clama á la tierra atónita ¡Resucitó! Los coros angélicos cantan en su júbilo ¡Resucitó! Y Dios mismo hace resonar en medio de la eternidad el triunfo inmortal de su Divino Hijo: ¡RESUCITÓ!

X.

LA RESURRECCION.

¡ALLELUYA!

Ya la noche del viernes tenebrosa  
Ha pasado y el sábado amanece,  
Pero el sol no con luz esplendorosa  
Sino triste en oriente aun aparece.  
El mar ruge lejano: la espantosa  
Voz del trueno se escucha, el viento acrece,  
Despues cesa: otra vez brama furioso,  
Y así el sábado pasa tempestuoso.

La voz lejana del placer resuena,  
Lamentos se oyen de dolor tambien,  
Y el pecho oprime la mas dura pena  
De una Madre que llora sin su bien:  
De aquella Virgen que de dicha llena  
A luz la Luz del mundo dió en Belen.  
Feliz entonces escuchó en el suelo  
La voz de «gloria á Dios! gloria en el cielo!»

Sus dulces ojos en la faz fijaba  
De su amado Jesús con alegría,  
Y su boca que aroma derramaba  
A la boca de miel de su Hijo unía.  
Gozosa á su adorado contemplaba  
Y en sus brazos dichosa le mecía,

Oyendo voces en su gran ventura  
De «gloria! gloria á Dios! gloria en la altura!»

Mas hoy llena de espanto y de tristeza  
Vé el placer de ese vil pueblo deicida,  
Que en la cumbre de un monte con fiereza  
A su amado Jesús quitó la vida.  
Ella vió su santísima cabeza  
Coronada de espinas, y afligida,  
De dolor traspasada, casi inerte,  
Presenció su angustiosa amarga muerte.

Del sábado la noche llega oscura  
Y envuelve el mundo en su sombrero manto,  
Y el cáliz del dolor María apura  
Vertiendo sin cesar profundo llanto.  
La pena, la afliccion y la amargura  
Tan solo moran en su pecho santo.  
Y el pueblo, en tanto que las piedras gimen,  
Celebra con placer su horrendo crimen.

La noche avanza y los soldados velan  
En torno del Sepulcro recelosos.  
Las horas corren, los minutos vuelan,  
Y los guardas vigilan cuidadosos.  
Del aire mismo con pavor recelan,  
Y espantados aguardan, temblorosos,  
La luz cercana del brillante dia  
Que cumplida ha de ver la profecía.

Llega, en fin, el instante, y la canalla  
Que custodia el Cadáver, con espanto  
Vé que la losa separada se halla  
Que cubriera de Cristo el Cuerpo Santo.  
Late el pecho feliz... la lengua calla...  
Se siente y no se explica gozo tanto;  
Y los ojos estáticos veneran  
La faz radiante que espirando vieran.

Las flores abren sus capullos bellos;  
Gorgean las aves saludando el dia  
Que nace con Jesús, cuyos destellos  
De oro inundan el mundo de alegría.  
Sobre su frente brillan sus cabellos;  
Resplandece su Rostro ¡oh Reina mia!  
Alleluya! Alleluya! oh Virgen pura!  
Que tu amado venció á la muerte oscura.

Mírale! Mírale resplandeciente,  
Triunfante, vencedor y poderoso,

Vertiendo alegre de su santa frente  
A torrentes la luz, puro y glorioso.  
Gloria á tí, Hijo de Dios! Eterna fuente  
De clemencia y de amor! Jesús hermoso!  
Gloria á tí que nos dejas en el suelo  
Con tus santas palabras el consuelo.

Alleluya! Alleluya! Oh Virgen Santa!  
Mírale! Mírale! Gloria! Alegría!  
El ave trina y el poeta canta  
Celebrando su triunfo, Madre mia.  
Mil ángeles le adoran que él encanta  
Con la luz de sus ojos ¡Oh María!  
Yo me postro ante tí y con regocijo  
Esclamo una y mil veces ¡¡¡Gloria á tu Hijo!!!  
Tomás Clavel y Bosch.

## EL ESPIRITISMO.

### CARTA CUARTA.

Sr. Director de *La Revelacion*.

Muy señor mío y de toda mi consideracion:

¿Con qué ningun espíritu se atrevió á protestar contra las reglas de mi lógica rancia? Prosigamos, pues, nuestra tarea, que concluirá con la solucion de las dificultades opuestas á la verdad cristiana. La respuesta satisfactoria á los argumentos del adversario es el cachetazo que le remata.

Aquí me tiene V., Sr. Director, pronto á desempeñar mi palabra. Ya le dije á V., que á buen pagador no le duelen prendas.

¿Por dónde principio? Por lo mas recio. Prometi retorcer contra V. alguna de sus citas: á ello voy.

«Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid, *benditos de mi Padre*, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.» (S. Mat. XXV. 34.)

Al dar V. ó el individuo *A. del E.*, por *la Redaccion*, con estas palabras de N. S. Jesucristo, debió de exclamar: eu-

reka; á Dios (esto es, al diablo ó al espíritu) divinidad de Jesucristo. ¿Será por aquello de *benditos de mi Padre*, que V. tan cuidadosamente *bastardea*?

¿En qué quedamos, fulanito? ¿Es usted nestoriano? No llegó á tanto—¿arriano? ménos aun—¿sociniano? ni eso—¿Entonces libre-pensador ó racionalista á secas? eso, eso.—Acabáramos. El nestoriano á su manera, malísima manera por cierto, reconoce á Dios en Jesucristo: el arriano hace á este criatura, pero algo mas que hombre y confiesa un *Padre*: el sociniano atropella con *Padre*, *Hijo* y *Espiritu Santo*. ¿Es V. sociniano (libre-pensador enmascarado)? ó prefiere V. pasar por libre pensador mondo y lirondo, sin disfraces ni arrequives? Digo esto, don *A. del E.*, por *la Redaccion*, visto que por lo de *Hijo* le escandaliza á usted tanto lo de *Padre*, siguiéndose que no menos le ha de escandalizar á V. forzosamente lo de *Espiritu Santo*.

*Benditos de mi Padre*. Si, señor, de *mi Padre*: y ¿qué? El *Padre* es Dios: luego el *Hijo* de este *Padre* Dios, es Dios, como el hijo de la leona es un leon, como el hijo del individuo de la especie humana, es un hombre; aunque sin establecer por este *como* paridad ó igualdad completa entre la *generacion* del Creador y la *generacion* de la criatura. Si este raciocinio desecha, bien puede V. mandar á paseo toda la Santísima Trinidad (ella se lo perdone á V. que tales cosas me obliga á decir) y con esto acabará V. de un golpe con todo el cristianismo y toda religion, y dará V. por completo el saltito... saltito mortal. Fulano *A. del E.*, por *la Redaccion*, que teme dar su cara al cristiano, mejor, católico público alicantino ¿conocia V. por esperiencia en cabeza propia el arte de retorcer argumentos? Conviértase V. á lo rancio, y aprenderá.

Se me figura, *A. del E.* (con del, y todo) por *la Redaccion*, que á V. con su barricada de textos le pasó lo que á los de la Commune, que levantaron grandes

parapetos, esperando que los versalleses los atacasen de frente; pero estos mas listos les acometieron por el flanco y los hicieron pedazos dentro de sus propios atrincheramientos. Algo parecido le sucede á V., y he aquí que un testimonio aducido por V. para probar que Jesus dijo que *no* era Dios, ahora prueba lo contrario. ¡O poder de la lógica rancia! ¡ó flaqueza y baldon de la lógica espiritista!

Mas, todavia mas, don *A. del E. por la Redaccion.*

Jesus dijo de sí mismo que era Dios. —Lo pruebo.

Jesus dijo:— «Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.» (S. M. XXV. 34.)

¿No este el mismísimo texto citado por V.? (*Revelacion* pág. 68.)

¿Quién es este Rey? El mismo que— «se sentará entonces sobre el trono de su majestad (v. 31)—el mismo, ante el cual— «serán ayuntadas todas las gentes ante él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda.» (Versículos 32 y 33.)

El mismo que había dicho de sí tambien segun el Evangelio de S. Juan, X, 28.— «Yo doy á mis ovejas vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos.»

El mismo *Hijo del hombre*, que— «enviará sus Angeles, y cojerán de su reino todos los escándalos, y á los que obran iniquidad; y echarlos han en el horno del fuego.»—San Mat. XIII, 41, 42: ó en otros términos.

El mismo Juez de vivos y muertos, en quien cree todo buen cristiano, es decir, católico, Cristo Jesus.

Ahora bien, vengamos á cuentas, caballero enmascarado. Este Rey que ejerce esa judicatura suprema, que se sienta sobre el trono de su majestad; ayunta

todas las gentes ante sí y aparta unos de otros, como el pastor las ovejas de los cabritos; da á sus ovejas vida eterna y tan segura, que ninguno, ni siquiera un espíritu mas forzado que el espíritu Mulato, las arrebatará de su mano; enviará como señor de ellos, á los Angeles y les dará orden de que echen á los inicuos (ay de mí! por dónde andará Allan-Kardec!) en el horno del fuego; este Jesus es puro hombre, ó Dios?..... calle V.; calle V., que ya veo que pretende usted escaparse por la puerta falsa consabida del *enviado de Dios*: le voy á acabar de estrangular. Poder tan soberano, atribuciones tan absolutas ¿pueden competir á otro que no sea Dios? ¿este Jesus, á quien pertenecen tal poder y tales atribuciones, puede menos de ser Dios? ¿este Jesus que este poder y atribuciones se arroga, no se arroga en esto mismo la divinidad, no dice, enseña y proclama de sí mismo que él es Dios? *quod erat demonstrandum.*

¡Ay... ¡ay... ¡ay...! Saltito... saltito... saltito mortal... mortal... mortal...!

Y van dos retorcimientos, don *A. del E., por la Redaccion*, en un solo texto. Se dará V. por bastante retorcido, supongo. No sé si se habria dedicado V. á estudios exegéticos, ó estaria acostumbrado á discutir las palabras de la Sagrada Escritura por el contexto y el paralelismo de diferentes pasajes.

Ahora, Sr. Director, voy á cumplir la última parte de mi promesa: palabra de rey legítimo. Voy á atacar la imponente barricada, que verá V. deshacerse, con el favor de Dios cuyo pabellon defiende, como si fuese de papel pintado. Discutiré y explicaré todos los textos, sin dejar uno solo, con la posible brevedad.

Dispénsenme los lectores de EL SEMANARIO lo enojoso de la nueva tarea. Se hace preciso este trabajo, para que el dia de mañana no nos salgan los espíritus Plácidos y Mulatos, con que hemos dejado en pié sus argumentos. A bien que de ningun modo les quedaria esta escapatoria.

Nosotros estamos en posesion de la verdad, que corriendo purísima por el limpio conducto de la mas constante y universal Tradicion, desde Jesucristo ha llegado sin escoria ni mancha de error hásta el dia presente, guardaba en el fiel y santo depósito de la Iglesia. *Et hic præscribo*: esclamaría con aquella palabra de fuego el gran Tertuliano. ¿Se adulteró ó falsificó por ventura esta verdad? ¿Cuándo? cómo? por quién? Hasta satisfacer á estas preguntas, en términos de buena razon estais obligados á admitir la verdad, tal y como nosotros la admitimos, profesamos y defendemos, sin añadir ni quitar un ápice, sin orgullosas dudas ni necias curiosidades. Pues ¿qué? bastaba que viniese al mundo un quidam llamado Allan Kardek; como si dijéramos, un Jaime el Barbudo, ó un Perico el de los palotes, para echar por tierra de un soplo las reiteradas afirmaciones de Jesucristo y los Apóstoles, dar por el pié á la autoridad de todas las santas Escrituras y poner por debajo de los desvarios del primer soñador, visionario, calavera ó picaro redomado toda la doctrina de los Justinos, Basilio, Atanasios, Crisóstomos, Leones, Ambrosios, Jerónimos, Agustinos y Gregorios? ¿No echa V. de ver, don A. del E., por la Redaccion, la exorbitancia de su pretension? al formularla ó proponerla ¿dónde os dejasteis el sentido comun, espíritus de Sevilla, espíritus de Alcázar de S. Juan, espíritus Angeles, espíritus Plácidos, espíritus Mulatos?

Este es el argumento llamado de *prescripcion*, contra el cual se estrellan y hacen pedazos como cañas cascadas, todas las dudas y negaciones: este es el argumento célebre con que aquel génio cartaginés sellaba la boca á todos los herejes ó libre-pensadores de su tiempo, algo mas versados por cierto en el manejo de los Libros Santos y algo mas duchos en el arte de mistificar, que todos los espiritistas habidos y por haber. Que no entendeis el sentido recto de algunas

palabras de la Escritura de Dios? Por algo dijo S. Pedro que se encontraban en ella «algunas cosas difíciles de entender, que adulteran los indoctos é incostantes para ruina propia.» -Ep. II. c. III. v. 16. Pero doctores tiene la Iglesia de Dios: sed humildes; preguntad, y aprenderéis.

Valga lo dicho, don A. del E., por la Redaccion, por una contestacion general á todos sus argumentos, contestacion que no echarán abajo ni todos los A. del E., ni toda la Redaccion en cuerpo. Pruébenlo sinó.

Mas vamos á los textos para satisfaccion mas cumplida.

«Cualquiera que á mi recibiere, recibe á aquel que me envió: porque el que es menor entre todos vosotros, este es el mayor.» S. Luc. IX. 48. (1)

«Jesús les dijo: si Dios fuere vuestro Padre, ciertamente me amariais: porque yo de Dios salí, y vine; y nó de mi mismo, mas él me envió.»

S. Juan, VIII, 42. (2)

«Quien á vosotros oye á mi me oye, y quien á vosotros desprecia, á mi me desprecia. Y el que á mi me desprecia, desprecia á aquel que me envió.»

S. Luc. X. 16.

Está visto: le dá á V. el gusto por bastardear sin ton ni son. Pues á fé que á mi con aquella bastardilla del segundo texto —yo de Dios salí— me viniéron impulsos de darle á V. otra torcedura como las pasadas. Es maula vieja esa, y peligrosa además: no viene tan mal aquí lo de los rancios:—*quod faltat de ratione, suppletur in trompetis*— Pero le paso este capricho por inocente (con bastardilla).

*Me envió, me envió, me envió.* Luego.... luego la nada entre dos platos. Nunca Jesus se exhibió como simple enviado ó mandatario, sino como *Unigénito del Padre*, como Hijo propio, de la

(1) Revelacion, pág. 67.

(2) Id. pág. 68.

misma naturaleza que el Padre, *idion*, que dice el texto griego, enviado para iluminar y salvar al mundo. Como Dios Padre es principio sin principio, no puede ser enviado por ninguna de las otras dos Personas; pero como es principio del Hijo, envía á su Hijo: el Padre y el Hijo, en cuanto son principio del Espíritu Santo, envían al Espíritu Santo; pero no siendo el Espíritu Santo principio de otra persona, no envía á ninguna. Luego el Hijo y el Espíritu Santo son simples enviados con subordinación ó dependencia de Dios Padre? Dejaos de profanar con vanas sofisterías y lengua blasfema el misterio mas augusto de la religion de Jesucristo; y antes de sumergeros con vuestra enfermiza razon en la profundidad de los dogmas católicos, estudiad con reverencia el lenguaje de la Escritura y de la Tradición.

Yo le aseguro á V., caballero el de la visera calada, que si me dan vagar las ocupaciones, dentro de poco todos los alicantinos han de ver en EL SEMANARIO á los espiritistas tales, cuales son, es decir, en pelota: bien que bastante pueden haber conocido de ellos, para guardarse, los católicos que no sean memos.

«Y por esto dispongo del reino para vosotros, como *mi Padre dispuso de él para mí.*»

S. Luc. XXII. 29.

Distinga V. entre naturaleza humana y naturaleza divina en Jesucristo, y cesará su escándalo por esta y otras frases semejantes. Ah! caballero sin nombre, *A. del E.*, por la Redacción, tu nombre es *anti-trinitario, anti-cristiano, ó sociniano* sin máscara (todo con bastardilla).

«Yo digo lo que vi en mi Padre: y vosotros haceis lo que visteis en vuestro Padre.»

S. Juan. VIII. 38.

En *su Padre*, si. Pues ¿no le he dicho á V. cien veces que el Hijo divino tiene Padre divino? Y el padre de V. ¿Quién es? Socino ó Voltaire.

«Entonces dirá el Rey etc.»

S. Mat. XXV. 34.

¿No es este el texto de los dos retorcimientos...? Basta; á no ser que quiera V. otro con el *vi en mi Padre* del texto precedente.

«Y el que me negare delante de los hombres, le negaré *yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.*»

S. Mat. X. 33.

En los cielos está efectivamente el Padre de Jesucristo. Luego... Jesús dijo que no era Dios, eh? Y digo yo: luego... *datur purgatorium.*

«Y tambien os digo: Que todo aquel que me confesare delante de los hombres, *el Hijo del hombre le confesará tambien á él delante de los ángeles de Dios.*»

S. Luc. XII. 8.

En cuanto hombre, Hijo verdaderamente del hombre. Aun sin nombre, con máscara, visera calada y todo ¿cómo descubre V., don *A. del E.*, la hilaza sociniana que le rie por todas las costuras?

«Porque el que se afrentare de mí y de mis palabras, se afrentará de él el Hijo del hombre, cuando viniere con su majestad, y *con la del Padre y de los santos Angeles.*»

S. Luc. IX. 26.

Una V. la majestad del Juez de este pasaje con los paralelos de la suprema judicatura de Jesús, citados en el segundo retorcimiento, y vea V. si con tanto retorcérselo no se le ha dislocado ya el brazo.

«Mas el estar sentado á mi derecha ó á mi izquierda, no me pertenece á mi darlo á vosotros, sino á los que está preparado por mi Padre.»

S. Mat. XX. 23.

Es decir, no pertenece á este hombre, que vosotros los Apóstoles, veis y mirais como pariente vuestro solamente, y por solo derecho de sangre ó parentesco. ¿Qué saca V. de ahí? nada.

«Ya habeis oido que os he dicho: Voy y vengo á vosotros. Si me amaseis, os gozariais ciertamente, porque voy al Padre: *porque el Padre es mayor que yo.*»

S. Juan XIV. 28.

Caballero escriturario ó exegeta sin nombre, *A. del E., por la Redaccion*, ¿cómo tiene V. el valor de citar á San Juan para negar la divinidad de Jesucristo, cuando precisamente para probar esta divinidad contra los primeros libre-pensadores de la edad cristiana, se decidió este autor inspirado á escribir su Evangelio, y no respira otra cosa desde las primeras palabras hasta el fin? Esto un hábil escriturista como V., no debia ignorarlo.

Por lo demás el principiante mas atrasado de teología sabe, que Jesucristo, en cuanto hombre, es inferior á Dios su Padre, como le es igual en cuanto Dios: y este es el sentido de la frase—mayor que yo—¿Tropezará V. otra vez en lo mismo? Acuérdesse V. ademas de aquel—«el Padre y yo somos una misma cosa,» —«el Padre está en mi, y yo en el Padre»—y vice-versa; de aquel—«igual al Padre»—de S. Pablo y de los judios; Valgaos Sat.... por espiritistas!

«El le dijo: Por qué me preguntas de bien? *Solo uno es bueno, que es Dios. Mas si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos.»*

S. Mat. XIX. 17.

El sentido de la frase, segun la version latina y griega es: «¿Por qué me llamas bueno preguntándome? «Si así me llamas me reconoces por Mesías, y que soy Dios y hombre juntamente, porque ninguno hay *bueno* sino Dios. Retorcimiento..... seguid contando, Plácidos y Mulatos.

«*Porque yo no he hablado de mí mismo; mas el Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que tengo de decir, y de lo que tengo de hablar. Y sé que su mandamiento es la vida eterna. Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo.*

S. Juan XII. 49. 50.

Otra vez la bastardilla lo ha bastardeado á V. el argumento.

Deje V. en paz á S. Juan: créame; consejo de amigo. Siempre S. Juan le ha de

salir á V. á la cara. ¿Ignora V., santo varon, que aquellas palabras de *hablar y decir* de S. Juan, cuando se refieren á *habla* habida del Padre al Hijo, expresan, conforme á las reglas de sana interpretacion, consustancialidad ó comunicacion de naturaleza? Pero la naturaleza del Padre es ser Dios: luego la naturaleza del Hijo es ser Dios; luego el Hijo Jesus dice que es Dios. Mulatos espíritus ved otra vez á vuestro camarada degollado con su propio acero, *retorcido*. Lo que hace no conocer esta esgrima de los rancios. Suma, Plácido, y van.... mil. Si cabalmente yo le habia echado el ojo á este texto.

«Jesus le respondió y dijo: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. El que quiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina, si es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo.—El que de sí mismo habla, busca su propia gloria; mas el que busca la gloria de aquel que le envió, este veraz es, y no hay en él injusticia.»

S. Juan VII. 16. 17. 18.

Sr. Director, tenga V. la amabilidad, como superior que es, de hacer comprender á don *A. del E., por la Redaccion*, que el Evangelio de S. Juan, todos, pero particularmente este, es fruta vedada para él. Vamos á ver, señores guapos, como ni con pinzas sacan ustedes de este larguísimo texto un solo adarme de razon en su favor: aqui no hay bastardilla, prueba de la poca confianza que les inspira: se empeñaron en poner un texto mas, siquiera fuese vergonzantemente.

Me canso, Sr. Director. Se concluirá. Hasta otra. Salud y saltito... saltito... hasta el profundo.

Su atento cap. Q. B. S. M.,

*F. de Zarandona.*